

TRIPTICO: TRES CONSTRUCTORES

DEL PARTIDO SOCIALISTA

MARMADUQUE GROVE-OSCAR SCHNAKE- EUGENIO GONZALEZ

por Alejandro Chelén Rojas



EUGENIO GONZALEZ:
Secretario General del Partido Socialista en 1948.

A

En los cuarenta años de vida del Partido Socialista se destacan tres hombres que influyeron profundamente en el nacimiento y el desarrollo de este destacamento de vanguardia de los trabajadores. Ellos son Marmaduque Grove, Oscar Schnake y Eugenio González. Los tres son fundadores del Partido y, además, fueron sus conductores en diversas etapas de su trayectoria.

1.- Marmaduque Grove Vallejos

Desde antes de la fundación del Partido Socialista — el 19 de abril de 1933 — la fascinante personalidad de Marmaduque Grove, se impuso arrolladora en los ámbitos del socialismo y llegó a introducirse hondamente en las vastas muchedumbres no politizadas", dice Julio César Jobet, prestigioso historiador. "Para millones de ciudadanos — agrega — el socialismo se confundió con su persona y su palabra. Grove, en su calidad de líder del Partido Socialista, representó un valor decisivo en la expansión del socialismo en Chile y en la democratización nacional en los años 1932 - 1942.

En realidad, Marmaduque Grove, desde el golpe militar de 1925 — fecha de su incorporación a la vida política — se caracterizó por su valor personal, espíritu audaz, lealtad para con sus camaradas, activa inquietud revolucionaria y entrañable devoción por los desamparados. La llamada "aventura del avión rojo", que pretendió derrocar la dictadura de Ibáñez, revela su temperamento valeroso. De igual manera, el golpe encabezado por él y que derriba al General Aitamarino, cuyo gobierno gestado por la juventud militar se había puesto al servicio de la oligarquía; la caída de la República Socialista, los destierros y encarcelamientos, unos tras otros, dan prueba de su entereza y espíritu batallador. Su infatigable actitud agitadora y organizativa, recorriendo el país y dando vertebración nacional al Partido, sus intervenciones en el Senado, exponiendo los objetivos del socialismo y defendiéndose de sus detractores que pretenden ridiculizarlo y negarle condiciones de caudillo, y su apostura de hombre fogueado en duras jornadas conspirativas, procurando abrirle camino al pueblo, hicieron de él un verdadero símbolo de las aspiraciones sociales y económicas de los trabajadores. Pocos hombres, en el carácter de líderes políticos, despertaron una adhesión tan ardorosa y casi idolátrica de las multitudes ansiosas de un destino mejor, como lo hizo Grove en los primeros seis años de vida del Partido Socialista. El surco de esperanzas que siembra en la conciencia del hombre explotado, diseñando el curso de un régimen socialista, sienta las bases del movimiento popular que había de asegurar la victoria de Pedro Aguirre Cerda. Si bien es verdad que el Partido Socialista cuenta en la etapa del 33 al 39 con valores de primera jerarquía intelectual, y de noveles, pero ardorosos dirigentes obreros, su crecimiento se debe en primer término a Grove, a la atracción emocional ejercida sobre el pueblo, y a su extraordinaria simpatía humana.

Con la presencia de Grove y su incansable actividad desde 1932 a 1938, el Partido Socialista fue dueño de una mística y de la fervorosa adhesión de las masas como ninguna otra organización política ha llegado a poseer. La designación por el Partido como su abanderado para la elección presidencial del 38, constituyó la más justa y correcta interpretación del sentimiento popular existente entonces en el país. Sin embargo, esos anhelos del pueblo, aunque primarios en el sentido clasista, fueron truncados después al aceptar el Partido que una Convención del Frente Popular designara al candidato presidencial, liquidando las perspectivas de crear una amplia y sólida organización revolucionaria comandada por el Partido. Así se perdió, también, la fuerza de atracción, aglutinadora, emanada de la personalidad de Grove.

Aquella medida impuesta a las bases por la directiva nacional y aceptada, desgraciadamente, por Grove, sirvió de acicate destructor sobre cuanto se había construido y alejó, de manera definitiva, la posibilidad de forjar una conciencia de auténtico contenido socialista entre las masas que se movilizaban al calor del "grovismo". El Partido Socialista, proyectado como vanguardia del proletariado y de la revolución, inició su decadencia por causa de sus propias directivas. Incapaz de clarificar una política audaz, creadora, consecuente con sus principios, se prestó conscientemente a labrar el derrumbe de Grove, al no defender su prestigio de líder cuando su conducta y su nombre simbolizaban las esperanzas populares.

Grove fue designado Secretario General en el Congreso del Partido Socialista de diciembre de 1939, al cumplirse un año de participación ministerial, mientras el descontento de las bases contra los dirigentes pedían a gritos el retiro del Gobierno. Pudiendo entonces rehabilitarse y recobrar la confianza de los trabajadores, aquellos dirigentes prefirieron continuar en una colaboración gubernativa sin destino, sabiendo que alentaban la división del socialismo, como fatalmente ocurrió en marzo de 1940. Ninguno de los dirigentes —exceptuando a los "inconformistas"— ni el propio Grove, fueron capaces de reaccionar en favor de la línea doctrinaria que nos habría devuelto la combatividad, evitándonos, también, los descalabros posteriores que nos encanearon en la charca del oportunismo.

El destino de Grove, desde 1940, fue el reflejo exacto de la dirección impuesta al Partido por su burocracia dirigente y parlamentaria. Sin embargo, es innegable el aporte que dio al Partido Socialista en los seis años iniciales de su gestación. Ningún otro dirigente puede comparársele.

2.- Oscar Schnake Vergara

Si Grove fue el impulsor más efectivo del crecimiento cuantitativo del Partido Socialista, Oscar Schnake fue su organizador y el más experto y capacitado de sus dirigentes. Esta tarea creadora y positiva de Schnake también llega a su límite al iniciarse la década del cuarenta.

Ya en 1919 figura como agitador, siendo estudiante de medicina; adhiera, entonces, a la

3

I.W.W., en la cual participan los mejores valores universitarios de la generación del año veinte. La solidaridad del estudiantado para los grupos anarquistas sirvió en gran medida al desarrollo de la lucha social y conocimiento de la Revolución Rusa que hacia llegar sus primeros fulgores de liberación proletaria. La divulgación de las ideas anarquistas, socialistas y comunistas, se realizaban en centros de estudios y tribunas públicas, fundiéndose en un solo haz obreros e intelectuales. En ese ambiente, inició Schnake su vida política.

En dicho periodo de bullente agitación social, fue elegido Presidente de la FECH, declinando el cargo por la lealtad a sus convicciones anarquistas. Desterrado del país, tomó contacto con los grupos revolucionarios de Argentina y Uruguay y los más destacados impulsores de la Reforma Universitaria. Cuando regresa prosigue sus estudios de Medicina y actúa con mayor madurez y decisión en la lucha a favor de los explotados.

Schnake fue uno de los propiciadores de la "Unión Social Republicana de Asalariados de Chile" (USRACH), que sirvió de base para la candidatura presidencial de José Santos Salas. La "USRACH", inspirada en ideas anarquistas, a las cuales no era ajeno Schnake, tuvo bastante gravitación política hasta que fue perseguida por la dictadura de Ibáñez. Es en ese periodo de tiranía — no obstante persecuciones y miserias que le rodea cuando profundiza en el análisis del proceso político, social y económico del país, extrayendo claras conclusiones acerca de la necesidad de volcar sus esfuerzos hacia la creación de un partido de inspiración marxista.

Schnake, junto a Grove y Matte Hurtado, fue ardiente impulsor de la revolución del 4 de junio de 1932. Secretario General de la Junta de Gobierno, "es uno de los elementos más puros que actúan en la Revolución; lleva su aporte de extraordinaria inteligencia, su temperamento sereno, razonador, su profundo sentido humano y su juicio certero de la realidad nacional al movimiento" —dice René Farías Ojeda, quien actúa junto a él, en su folleto "Ubicación Histórica del 4 de junio", editado en 1939.

Desde la fundación del Partido Socialista, Oscar Schnake fue su Secretario General Ejecutivo hasta septiembre de 1939, cuando es designado Ministro de Fomento del Gobierno de Pedro Aguirre Cerda. Hasta entonces demostró condiciones relevantes como conductor de masas y organizador partidario, con profundo y creador sentido de la disciplina. En esos años, como Jefe máximo del Partido —desde la fundación hasta el proceso "inconformista"— formó los mejores y más aguerridos dirigentes políticos y sindicales.

Tuve la oportunidad de conocerlo y conversar, por primera vez, en los apasionantes días de la Convención Presidencial de Izquierda y del Primer Congreso Extraordinario del Partido Socialista, en abril de 1938. Escuché entonces y después sus discursos partidarios y públicos. En el V Congreso — diciembre del mismo año — conversamos una vez más en dos oportunidades, y siempre estuve atento a sus intervenciones como Ministro o parlamentario. Para mí, su figura se me grabó como una de las personalidades más vigorosas del socialismo chileno de esos años. No obstante mi juventud, veía en Schnake un líder con todos los perfiles señeros de un revolucionario. Sencillo en su trato con los camaradas, sus discursos tenían el sello de los grandes creadores: vibrantes, emotivos, de una sencilla y elocuente contextura didáctica, lógicos en sus argumentaciones. Sabía llegar al corazón de las masas, pulsando sus inquietudes, porque unía a su oratoria ardorosa y convincente una emoción natural, que se hacia más atrayente por su estampa varonil, como esos conductores de multitudes forjados en las entrañas del pueblo.

4

¡Cuánta capacidad e inteligencia de primer rango finalmente perdida en las fangosas aguas del proceso reformista en que se desarrolló el Partido en esos años!

Schnake, con su prestigio, experiencia y conocimientos, era el hombre indicado para liderizar un movimiento revolucionario, teniendo como vanguardia al Partido Socialista. No sugo esperar, ni hacer del socialismo un acerado instrumento de la revolución. En su fuero intimo, nunca fue marxista, y si lo fue en algún momento, abandonó esa filosofía revolucionaria con la misma facilidad con que dejó de ser anarquista. He creído, después — analizando su ejecutoria que carecía de fe en la combatividad de las masas y en la conducta socialista de gran parte de los equipos directivos y parlamentarios que lo secundaban, como puede colegirse por la actitud demostrada con el correr de los años. Sin ser un impaciente por naturaleza, dio muestras de ello al compartir con premura tareas directas del Gobierno cuando debió suponer — porque era inteligente — que este hecho desencadenaría toda clase de oportunismos, que pondrían en peligro la unidad del Partido. Ya antes, en pleno auge partidario, tuvo fallas lamentables por no prever las consecuencias lesivas al socialismo al aceptar su ingreso al Frente Popular y, con posterioridad, impulsara la colaboración gubernativa que causaría su ruina y, por varios años, la del propio partido que había fundado para finalidades más trascendentales.

Schnake, sin embargo, pudo rehabilitar al Partido de sus errores en dos oportunidades importantes durante la etapa de colaboracionista y que favorecían un cambio fundamental de rumbos. La primera fue en el VI Congreso General Ordinario del Socialismo, cuando la corriente "inconformista" exigió el retiro del Partido de tareas ministeriales por su ineficacia realizadora, corriente casi mayoritaria y que agrupaba a los más capacitados cuadros de la organización. Schnake, que formaba parte del Gabinete conjuntamente con Salvador Allende y Rolando Merino, y era el verdadero Jefe del Partido, prefirió continuar en el Gobierno, provocando la división socialista cuatro meses más tarde.

5

La segunda oportunidad se presentó el 15 de diciembre de 1940, cuando Schnake planteó la ruptura del Frente Popular, sin extraer las conclusiones naturales que se desprendían de este hecho político: el retiro del Partido del Gobierno. Es el período del pacto celebrado entre Alemania y la Unión Soviética en vísperas de la guerra mundial, que desencadenara una nueva controversia entre socialistas y comunistas en Chile.

A estas dos últimas oportunidades desaprovechadas para una rectificación de rumbos, se vino a agregar el fallecimiento del Presidente Aguirre Cerda en noviembre de 1941 y la designación de Schnake como candidato presidencial. En efecto, en el III Congreso Extraordinario realizado para analizar este problema, Schnake fue proclamado por unanimidad, con el apoyo del propio Grove. Sólo la FJS se opuso, por considerar que esta candidatura se levantaba para transar después con el Partido Radical y demás fuerzas de izquierda.

Schnake fue Ministro del Gobierno de Juan Antonio Ríos, después asumió la Embajada en México y enseguida en Francia. Desde entonces dejó de participar en la política interna y en cargos directivos del Partido Socialista.

No deja de ser dramático en la vida del Partido Socialista que sus más altos valores, aquellos que lo fundaron y lo pusieron en la órbita de las grandes organizaciones políticas, hayan sido, también, los responsables de sus peores descalabros. Schnake, el más completo y brillante de sus conductores durante el primer decenio de su existencia, careció de la entereza necesaria en los momentos más cruciales para rectificar los rumbos equivocados, que consciente o inconscientemente él mismo le había impuesto al Partido.

3.- Eugenio González Rojas

Fue necesario soportar todo un proceso de descomposición, para que los más jóvenes y algunos de la vieja generación lograsen alcanzar los conatos partidarios con la firme voluntad de imponer nuevos rumbos. Esta nueva etapa iniciada en el XI Congreso celebrado en Concepción en 1946, cuyo desarrollo fue heroico y dramático, destacó a un hombre ya maduro, que en el primer decenio de esta nueva etapa pasó a jugar un papel decisivo en las filas del Socialismo. Se trata de Eugenio González Rojas, quien había participado en la fundación del Partido.

Sin duda alguna, Eugenio González ha sido el dirigente más responsable y culto del socialismo chileno y uno de los intelectuales de mayor jerarquía intelectual y moral del país. Perteneció a la generación de 1920 y siempre se ha mantenido dentro del campo de los ideales revolucionarios, contribuyendo con su cultura y capacidad al desarrollo y esclarecimiento del pensamiento socialista.

Siendo apenas un adolescente, fue Presidente de la Federación de Estudiantes en la década de 1920. Combatió la dictadura de Ibáñez y fue relegado a la Isla de "Más Afuera". En plena juventud participó en la Revolución del 4 de junio de 1932, ocupando el Ministerio de Educación. Antes, al retornar de "Más Afuera", había fundado con un grupo de ciudadanos la "Acción Revolucionaria Socialista", a través de la cual contribuyó al nacimiento del Partido Socialista en abril de 1933.

Connotado educador y catedrático, fue Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, eligiéndosele, en seguida Rector de la Universidad de Chile. Escritor brillante, de penetrante fuerza expresiva y dramática, sus libros alcanzaron resonancia no sólo por la profundidad de los temas abordados, sino también por su estilo vigoroso y atrayente. Su novela, "Hombres", quizá la más lograda entre las cuatro libros de su producción propiamente literaria, describe toda una etapa vivida de la lucha política y social con trazos maestros.

Eugenio González, en 1947, redactó el proyecto de Programa del Partido Socialista, que posteriormente fue aprobado con algunas enmiendas y aportes, en una Conferencia Nacional convocada para este objeto, obra maestra por su claridad expositiva y hondura en el análisis doctrinario. En junio de 1948 fue designado Secretario General del Partido Socialista Popular y en marzo del 49 es elegido Senador por la provincia de Santiago. Como Jefe del Socialismo, le correspondió dirigirlo, enfrentando la más despiadada ofensiva reaccionaria desencadenada por la "Ley Maldita". De los Secretarios Generales que ha tenido el Partido, muy pocos pueden igualársele en espíritu de sacrificio y responsabilidad. En el período en que se desempeñó como senador, fue el más brillante expositor del ideario socialista.

Muchas diferencias interpretativas pueden existir entre la concepción profundamente humanista de Eugenio González y la de otros compañeros, pero pocos pueden del socialismo exhibir una consecuencia similar entre su pensamiento y su acción, que la que siempre él demostró. Eugenio González jamás se ha prestado — por afanes demagógicos u oportunistas — a disimular el concepto que tiene del marxismo. Ha afirmado, con la entereza y responsabilidad que lo caracterizan, "que el socialismo es revolucionario por sus objetivos, porque implica un cambio completo en la estructura de la sociedad capitalista, pero no puede ser dictatorial por sus métodos, por cuanto procura el respeto a valores de vida que exigen el régimen de libertad".

Frente a mediocridades liderazgos de infima cuantía teórica e intelectual, que deben su elevación política al fraude demagógico sobre las masas y a ingeniosas maniobras de grupos, Eugenio González nunca presionó por destacarse ni en el Partido ni en la Universidad. Si ocupó en ambos campos un sitio de primera línea fue exclusivamente por su inteligencia y cultura, por sus principios e integridad moral. En el Partido tuvo el mérito singular de haber aportado en plena madurez, a partir de 1946, su capacidad y experiencia a la acción rectificadora de una dirección joven surgida del XI Congreso General celebrado en Concepción.

El suyo es un ejemplo fecundo, que hoy siguen muchos veteranos en las luchas del Partido, que se ubican en las posiciones de vanguardia, cuidando celosamente de que no se desarrollen nuevas tendencias reformistas, que tanto daño hicieron al movimiento popular.